

# EL CAMARADA

SEMANARIO INFANTIL ILUSTRADO



Año IV



23 de mayo de 1891



Núm. 186



GATOFILIA

Ayuntamiento de Madrid



## UN RATO DE CHARLA

**L**AS Cortes han amenizado las sesiones con una *luminosa* discusión hábida entre el elocuente diputado D. Ramón Nocedal y el no menos elocuente ministro D. Francisco Silvela á propósito de si valía más lo antiguo que lo nuevo ó de si es mejor lo nuevo que lo antiguo. Excusado es decir que ambos se lucieron y demostraron una vez más que España es el país de los oradores. Lástima que el Sr. Silvela se valiera como argumento decisivo de un verso que dice

*«¡Si soy yo quien se siente putrefacto!»*

porque precisamente hacia pocos días lo había usado ya el Sr. Barrant en uno de los artículos que publica en *El Imparcial*.

Yo creo, *inhibiéndome* de esta cuestión, como diría la Sra. Pardo Bazán, que eso de disputar sobre si lo pasado era mejor que lo presente es *negotium otiosum*. Las cosas son en cada tiempo lo que deben ser, y no estaría bien burlarnos de Adán y Eva porque no conocían el uso del paraguas. En mi humilde opinión, el mundo siempre ha estado, y estará, muy mal, como he tenido ya el honor de manifestaros algunas veces. Suponer que antes se estaba mejor que ahora es una suposición muy atrevida, pues sería preciso, para afirmarlo, haber *vivido* en la época de que se trata y vivir luego ahora. Yo de mí sé decir que, por lo que trasluzco de la historia, hubiera vivido igualmente bien en el siglo XIV que en este que se va acabando.

Pero, volviendo á lo que charlábamos, es mala manera de plantear la cuestión decir: valía más un gobierno como el de Felipe II que no el que ahora tenemos; no, señor. Entonces había el gobierno que se merecía el pueblo, y ahora... lo mismo. No se trata de censurar ni de comparar: la cuestión se reduce sencillamente á buscar la explicación, el *cómo*, no el *por qué*. Los gobiernos, como las zarzuelas, como los sombreros, como los tranvías, como los telescopios, son una *resultante*, un *producto*, no una creación de la voluntad. Por encima de las leyes escritas hay la acción del medio exterior que influye en las conciencias. Ciertamente que Felipe II hizo una atrocidad atentando al fuero de Sobrarbe (si bien no acabó, NI DE MUCHO, con las franquicias de Aragón); pero cuando sucedió lo que suce-

Ayuntamiento de Madrid



dió, era que tenía que suceder. Es indudable que existen leyes históricas, que no conocemos ni por el forro (lo cual no implica que no existan), y esas leyes históricas son las que determinan los acontecimientos.

Además de que, figurarse que el mundo cambia tanto como eso



«Agitado molto»



Una mocosuela impertinente

en tres ó cuatro siglos, es pura ilusión. Yo estoy seguro de que allá por el año 3891 los niños aprenderán la historia en unos libros (ó quién sabe lo que será), que dirán, poco más ó menos, lo siguiente:

«Los blancos dominaron en Europa y parte de América durante 3,000 años, dejando numerosos testimonios de bastantes progresos en las ciencias y las artes. Conocían el ferrocarril terrestre, así como algunas aplicaciones de la electricidad; tenían periódicos y se regían por un sistema muy especial, consistente en colocar un puchero en determinado sitio, resultando elegido para el mando aquel que conseguía volcarlo. Entre los monumentos más notables de la dominación blanca citaremos el famoso alcázar de la Alhambra, obra de los normandos; el Escorial, modelo típico de la arquitectura ojival, y el puente sobre el Ford, construido, según se cree,



por los bizantinos, aunque ciertos arqueólogos mogoles lo tienen por obra de los romanos: punto de difícilísima solución.»

Cito este ejemplo tan sólo para demostrar que en el reloj del tiempo tres ó cuatro siglos representan apenas tres ó cuatro granos de arena, siendo imperceptible de lejos la diferencia. ¿Á qué disputar, pues, sobre si valían más los tiempos de Felipe II que los de Alfonso XIII? Probablemente la gente se encontraría tan mal como se encuentra ahora, pues *bien y mal* no son ideas absolutas, sino contingentes.

Esto no quita que el pobre Felipe II no sea una *cabeza de turco*, el *súfralo todo* de los liberales. Prescindiendo yo de todo espíritu político, pues ni soy empleado ni creo haya de serlo nunca, á Dios gracias, he de reconocer que se habla de él, por lo común, como se hablaría del rey de Monomatapa. ¿Cuántos españoles, en efecto, son los que sabrán que Felipe II *gobernó con los comuneros* desde la caída del botarate de Antonio Pérez hasta su muerte? ¿Cuántos españoles sabrán que el duque de Alba era lo que llamaríamos hoy un *liberal*? Probablemente hubiera sido *el Escorialense* un excelente rey á tener dinero; pero ¿acaso el principal motivo de la abdicación de Carlos V no fué precisamente encontrarse sin blanca? ¿Tenía Felipe II la culpa de que su padre le hubiese dejado *in albis*? Pero, basta ya de matemáticas.


Siempre vuestro,

ANTOÑITO

---

## LAS MARIPOSAS

---

 pesar del cariño y las preferencias que Paquito demostraba por ella, la caja no tenía nada de particular. Era una cajita de cartón revestida con papel de moaré azul pálido, y en cuya tapa, algo agujereada, se leía con caracteres impresos: *Savon extra fin. Violet, parfumeur y chimiste, Paris*. No se crea, sin embargo, que á la sazón contuviese el envase aquel pastilla alguna. De su primitivo destino sólo conservaba exquisita esencia, ya que pasó á las manos del niño cuando fué considerado como un desecho de tocador. Paquito se apoderó entonces de él, guardándolo con gran cuidado; y él, que apenas si se fijó jamás en los hermosos juguetes que poseía; que miraba con desdeñosa indiferencia lo que á otro niño le hubiera llenado de satisfacción, guardaba aquella caja como un verdadero tesoro, como un objeto de mérito excepcional. En cuanto llegaba del colegio, ya estaba el niño tras de

Ayuntamiento de Madrid



la querida cajita, abriéndola unas veces con gran cuidado, y cerrándola luego con marcado apresuramiento.

Si alguien le preguntaba,—Niño: aquí ¿qué guardas?—por toda contestación Paquito ocultaba la caja, echando á correr hasta dejarla en sitio seguro.

Un día me aventuré yo á preguntárselo. Al principio no obtuvo mi curiosidad mejor fortuna que la que tuvieron cuantos dirigieron al niño igual



¡Balleemos!



¡Se durmió!

pregunta; mas, fuese debido á mi insistencia ó á la bondad de Paquito, que fué siempre conmigo cariñosísimo y atento, ello es que, después de unos instantes de vacilación,

—¿No tendrá V. miedo si se lo digo?—me preguntó.

—¿Miedo? Y ¿por qué he de tenerlo?

El chico se echó á reir del mejor gusto, y, levantando cuidadosamente la tapa de la misteriosa cajita,

—Vea V.,—me dijo mostrándomela muy ufano;—guarda gusanos.

No quise ver. Hice que Paco cerrara la caja sin dejarle tiempo de que acabara de abrirla, y, un tanto sorprendida,

—¿A qué viene esta colección?—le pregunté.

—Me los dió un niño de mi clase,—me contestó.—Hicimos cambios: dile yo un cortaplumas que tenía una de las ojas partidas, y él me dió estos gusanos, que pilló de su hermano mayor: ¿sabe? Son crisálidas. No pueden tardar en romper: de hoy á mañana saldrán las mariposas. Me aseguró Ricardo que más bellas no las había visto jamás. Alas de oro las tendrán todas; man-



chas de colores brillantes es posible que las tengan también. Toditos los días les cambio las hojas que les sirven de alimento: ¿sabe? Creo que me conocen todas.

—¿Que te conocen?

—Sí: se mueven mucho en cuanto abro la caja. No digo nada á nadie, pues á todos les quiero sorprender.

—Cuenta con mi reserva, Paquito; pero ¿cómo vas á hacer para sorprenderlos.

—Pues abriendo la caja en cuanto las mariposas hayan roto la crisálida y dejarlas luego que revoloteen por el cuarto de mamá. Después las recogeré de nuevo y á la caja otra vez.

—Si puedes,—contesté.

El niño fijó en mí sus grandes y hermosos ojos azules, y, con la más adorable ingenuidad,

—Pues ¡no he de poder!—repuso.—Como que yo seré su padre.

¡Su padre! ¡Qué hermosa y á la par qué triste se me antojó tan inocente afirmación! ¡Cuánta grandeza revelaba su propia pequeñez! Paquito cuidaba con paternal solicitud de aquellas pobres larvas, estimulado por el generoso deseo de contribuir con sus cuidados á que á su día fuesen insectos de hermosura excepcional. Luego él sería el padre de aquellas mariposas que tendrían alas de oro con puntos de deslumbrantes colores, pero que le abandonarían, ingratas, apenas hubiesen ensayado la fuerza de sus alas, como abandonan los hijos á sus padres en lo más brillante y florido de su edad. Las ambiciones, las esperanzas, los sueños de gloria, los alejan del paterno hogar: vuelven á él arrebatado el polvo de oro de sus alas, heridos por el desengaño, más fatigados y maltrechos cuanto más atrevido ha sido su volar.

Tal pensé al oír la franca contestación de Paquito. El niño me miró atentamente, y con su vocecita más dulce y cariñosa,

—¿Sabe?—me dijo.—En cuanto las tenga le regalaré una á V.

Luego, afianzando con gran cuidado la cajita debajo del brazo, echó á correr, desapareciendo de mi vista.

A los pocos días volví á ver á Paquito.

Mi primera pregunta fué para enterarme del estado de sus crisálidas. Paquito bajó la cabeza, su rostro se tiñó de encendido carmín, y con acento de profunda melancolía,

—¿Sabe?—me dijo.

—¿El qué, hijo mío?

—Nacieron muy hermosas, mucho: ¡las cuidaba yo tan bien!

—Se te escaparían apenas abriste la caja.

La abrí con mucho cuidado, pues había observado ya que dentro se movía algo. Miré: ¡eran muy hermosas! Cerré de nuevo y entré en el cuarto de mamá. Entorné el balcón y las puertas, luego abrí la caja, y las mariposillas echaron á volar: Mamá quedó muy contenta y muy sorprendida. Claro: ¿cómo iba



á pensar ella en la sorpresa que le preparaba? Además, ¡eran tan lindas aquellas desagradecidas! Como que parecían piedras preciosas revoloteando por los aires. Yo estaba deslumbrado: ¿sabe? Jamás he sentido contento igual. Mis fatigas emp ezaron luego, cuando las quise coger. En vano me subí encima de los muebles: rompí una porción de chucherías de los *étageres*. Con una toalla derribé uno de los globos de la lámpara: ¡muchos desastres hice! Mamá se reía como una loca viendo mi desazón: yo lloraba desconsoladamente al ver que las perdía para siempre, ya que ni una sola pude recobrar.



1.—Dejando plantificado á su mejor amigo y compañero, abandona *Palomo* tan grata compañía y se lanza en busca de aventuras

Quedé muy triste: ¿sabe? ¡Había cuidado sus larvas con tanto afán! Que aun después de haberme abandonado me acordaba de ellas: parecía que revoloteaban dentro de mi imaginación. A los pocos días, ayer precisamente, en tanto estábamos comiendo, entró una mariposa en el comedor: empezó á dar vueltas alrededor de la lámpara, me encaramé á la silla para apoderarme de ella; pero tanto se acercó á la llama que al instante se abrasó. ¡Murió quemada! Vea V.: para tener suerte tan desastrada huyó de mí.

La aventura de las mariposas pareció dejar á Paquito inconsolable: era él tan bueno y generoso que ni se explicaba ni comprendía la ingratitud. Cuando mañana sea hombre, ¿le ocurrirá lo mismo? No. El recuerdo de las mariposas será un espejo en el cual, si no las propias, verá reflejadas en él las inconstancias de muchos niños.

ANTONIA OPISSO

## GUERRA DE LA INDEPENDENCIA PATRIA

### CAPITULO I

ENTRE las grandes heroicidades de nuestra historia siempre brillará, á modo de perla ó coral, el nombre que encabeza este episodio histórico.

Ayuntamiento de Madrid





JUNTO AL HOGAR  
Ayuntamiento de Madrid





TROCANDO LOS FREÑOS



Acordaos, mis queridos camaradas, de la siempre memorable fecha del 2 de mayo de 1808, en la cual el pueblo madrileño es acuchillado traidoramente por las huestes del monstruo Napoleón, del vencedor de Austerlitz, el guerrero del siglo, el vencedor de los austriacos, alemanes, rusos, etc., y quien se iba á figurar que, tropezando con un grano de arena como España, se iba á derrumbar su esplendor y poderío.

Todos sabéis cuáles fueron las causas de estas guerras: no contento



2.—Y, tropezando con una magnífica langosta (que tenía dueño), la «cha el diente; pero la langosta le coge la nariz con sus tenazas, y... ¡piernas, para qué os quiero!



3.—Huye despavorido Palomo...

Napoleón con llevar nuestra escuadra al precipicio en la memorable batalla de Trafalgar, y de habernos quitado la vida de grandes patriotas como Gravina, Churrua y otros, nos quería quitar la corona española, ceñida en las sienes de Fernando VII; pero el pueblo español repitió las célebres palabras del ilustre marino Méndez Nuñez: «Más vale honra sin barcos que barcos sin honra,» es decir, más vale morir que dejar la patria en manos de un tirano.

Asentadas ya estas primeras bases, voy á entrar en materia y procuraré ser lo más breve posible.

Amaneció el día 2 de mayo, día de gloria y luto para los patriotas españoles. Desde muy de mañana se notaban los síntomas que por lo general traen los alzamientos populares. Grupos de hombres, mujeres y niños invadían las plazuelas y calles de Madrid, todos dispuestos á sacrificarse por la patria. A las nueve de la mañana salió de palacio la familia real en dirección á Etruria. Los ánimos estaban muy enconados contra el terrible Napoleón, y sólo necesitaba una chispa que prendiese fuego al entusiasmo y se lanzara á sangre y fuego por la ciudad, que tan cara les costaba. No se hizo mucho esperar, pues al grito de una anciana que exclamaba desde una ventana:—¡Válgame Dios, Ayuntamiento de Madrid



que se llevan á Francia toda la familia real!—prendió fuego la dinamita que ardía en el corazón patriota, y lánzase á la calle y mata al francés que se le pone en el paso. Murat, gobernador de Madrid, que oyó los gritos de *¡Mueran los gabachos! ¡Mueran los traidores! ¡Viva Fernando VII!*, manda un batallón de artillería con dos cañones, que los planta en las principales bocacalles, y óyense los primeros disparos de cañón, y resuenan tristes y doloridos ayes; pero crece en el ánimo del patriota el odio y rencor contra todo francés.

Mientras esto sucedía, nuestras tropas, encerradas en los cuarteles por orden del capitán general D. Francisco J. Negrete, no podían prestar ningún auxilio á su patria.

Solamente los bravísimos Ruiz, Daoiz y Velarde, honra y gloria de la nación española, que, estando tranquilos en sus hogares, vieron arder la llama patriótica, cogen sus sables (los tres eran oficiales del ejército), se dirigen al Parque de Artillería, sacan los tres cañones que en él había, y, con los pocos artilleros, bravos como ellos, empiezan los primeros disparos contra el francés. La mortandad es horrible, caen franceses y españoles, corren ríos de sangre, y la victoria no se decide, hasta que, por fin, después de amaños y embusterías, y de morir los grandes patriotas Ruiz, Daoiz y Velarde, el primero por la caballería enemiga, el segundo muerto cruelmente á bayonetazos, y el tercero atravesado por un balazo, franquea el pueblo madrileño, pero no sin haber antes jurado odio y guerra al francés.

Al día siguiente vienen los edictos crueles y sanguinarios, propios de tigres que ansian carne humana, y voy á poner dos de ellos: si á cualquiera persona se le encontraba un cortaplumas, aguja, tijeras, etc., se le consideraba como revolucionario porque defendía su patria, y era pasado por las armas. Toda villa ó aldea donde moría algún francés era incendiada, y otros no menos crueles y sangrientos.

Habiéndoos dicho, mis queridos camaradas, bastante de lo que pasó en la capital, voy á pasar al alzamiento de las provincias.

FELIPE DE ZABALA Y SUÁREZ

(Se continuará)





---

**NUESTROS GRABADOS**

---

**GATOFILIA**

No encuentro mejor término para expresar el amor á los gatos. Esa joven se lo tiene mucho, á lo que se ve, en lo cual no se distingue gran cosa de la grandísima mayoría de las jóvenes.

**AGITATO MOLTO**

Un *agitato* tremendo. La chica se zarandea que es un primor sobre el asiento, gesticula como una energúmena, y va á acabar por caer rendida si se empeña en continuar así toda la tarde.

**UNA MOCOSUELA IMPERTINENTE**

Y ¿qué duda tiene que lo es? ¡Miren Vds. cómo se hace la mujercilla! No hay nada más impertinente que eso de querer echárselas de *polla* siendo una rapaza.

**¡BAILEMOS!**

No tiene otro *pensamiento*, digámoslo así, esa arrapieza, que la de entregarse desenfrenadamente á los incomparables placeres de la danza. Yo no digo que no sea muy bueno eso de bailar, pero no tanto.

**¡SE DURMIÓ!**

Se durmió fatigada de hacer travesuras, y ahora descansa, preparándose á hacer otras. Cosas de la edad.

**JUNTO AL HOGAR**

Muy cómodamente se están esos niños *cabe* la chimenea, entretenidos en sus juegos y charlas. El espectáculo es muy hermoso, siendo de deplorar únicamente que no esté al alcance de todos.

**TROCANDO LOS FRENOS**

No es para envidiar el gusto que demuestra ese chiquillo poniéndose el collar del perro. El hombre no ha nacido para encender el cigarro en las estrellas, pero tampoco para llevar collar.

**EL DESAYUNO**

En acabando de almorzar suelen esos niños hacer un ratito de música; pero no es esa la opinión del papá, que cada día les reprende por ello, excitándoles á repasar la lección, en lo cual, la verdad sea dicha, nos parece piensan mucho esos señores filarmónicos.

---

**LA BRUJA**

---

**E**RASE un matrimonio anciano que tenía un hijo llamado Zashko, á quien amaban entrañablemente.

Un día Zashko dijo á sus padres:

Ayuntamiento de Madrid







—Si me lo permitís, iré á pescar.

—¡Qué ocurrencia!—le contestaron.—Podrías ahogarte y darnos así un disgusto.

—No, no me ahogaré y prometo traeros algún pescado. Dejadme ir.

La madre, consintiendo al fin, le puso una camisa limpia y un cinturón rojo y dejóle marchar.

Embarcado en un esquife, Zashko se alejó mucho y comenzó á pescar. A poco tiempo llegó su madre hasta la orilla del río, llevándole la comida, y suplicóle que se acercara.

Zashko impelió su esquife hacia tierra. La madre cogió el pescado, dió á su hijo de comer y beber, cambióle la camisa y el cinturón, y díjole que podía ir á pescar de nuevo.

El esquife se alejó otra vez á gran distancia, y Zashko continuó su pesca. Al cabo de algún tiempo el padre llegó y llamó á su hijo.

Poco después el esquife tocaba á la orilla. El anciano dió á Zashko su comida, recogió el pescado, y, después de cambiar la camisa y el cinturón á su hijo, permitióle volver á pescar.

Ahora bien: una bruja, que había visto lo que hacían los padres de Zashko, quiso apoderarse del muchacho, y, acercándose á su vez á la orilla, gritó:

—Ven aquí, hijo mío, que te traigo la comida.

Pero el muchacho conoció que aquella voz no era la de su madre, sino la de una bruja, y, lejos de obedecer, alejóse murmurando que aquella no era su madre.

Entonces la bruja, comprendiendo que debía llamar á Zashko con una voz más parecida á la de la anciana, corrió en busca de un herrero y le dijo:

—Necesito tener una voz más delgada, como la de la madre de Zashko, y si no me la proporcionas te devoraré.

El herrero forjó una voz parecida á la de la madre de Zashko, y, llegada la noche, acercóse la bruja á la orilla y gritó:

—Acércate hasta aquí, hijo mío, que te traigo la comida.

El muchacho impelió su esquife hasta la orilla, y la bruja, después de coger el pescado, apoderóse del muchacho y llevóselo consigo. Apenas llegó á su morada, mandó á su hija Alenka calentar el horno todo lo posible para cocer á Zashko, mientras que ella iba á llamar á sus amigas para celebrar una fiesta.

Alenka calentó el horno tanto como pudo y dijo á Zashko:

—Ven acá y siéntate en este reborde.

—Aun soy demasiado pequeño para empinarme,—contestó Zashko;—y tampoco sabría cómo colocarme; pero, si me indicáis la manera de hacerlo, yo os imitaré.

—Muy bien,—repuso Alenka;—pronto estarás enseñado.

Y, así diciendo, sentóse en el reborde del horno; pero entonces Zashko le



dió un empujón, tapó el horno con la plancha de hierro, salió presuroso de la choza cerrando la puerta, y trepó á la copa de un gigantesco roble que se elevaba allí cerca.

Poco después llegó la bruja con sus amigas y llamó á la puerta de la choza; mas nadie contestó.

—¡Ah!—gritó la bruja.—¿Qué apostamos á que esa maldita Alenka habrá salido á dar un paseo?



4.—... perseguido por el honrado perro del pescadero...



5.—... y á duras penas si puede librarse, por fin, del innumerable número de leales canes que le persiguen ladrando... sin saber por qué.

Y, desliziéndose á través de la ventana, abrió la puerta para que entraran sus amigas. Sentáronse todas á la mesa, y la bruja, abriendo el horno, sacó el cuerpo de Alenka y lo sirvió. Comieron y bebieron alegremente y salieron después á correr un poco en el prado inmediato. La bruja entonces exclamó:

—¡Qué gusto poderse pasear así después de comer la carne de Zashko!

Pero el muchacho contestó desde la copa del árbol:

—Anda, y que te pruebe el paseo después de comerte la carne de Alenka.

—¿Quién habla?—gritó la bruja.—¡Bah! Será el aire que agita las hojas.

Y volvió á gritar:

—¡Qué gusto poderse pasear así después de comer la carne de Zashko!

Y el muchacho repitió:

—Anda, y que te pruebe el paseo después de comerte la carne de Alenka.

Entonces la bruja levantó la cabeza, y al ver á Zashko precipitóse contra el roble y comenzó á roerlo; y tanto royó y royó que al fin se le rompieron dos dientes. Furiosa entonces, precipitóse en busca de un herrero, y, cuando lo hubo encontrado, le dijo:

—Si no me construyes dos dientes de hierro te devoraré.

La bruja obtuvo lo que pedía y volvió corriendo para roer el roble.

Ayuntamiento de Madrid



Tanto trabajó que ya iba á caer el tronco dividido, cuando Zashko saltó á otro árbol inmediato. El roble que la bruja había roído cayó al suelo, y entonces, viendo ella que el muchacho estaba en otro árbol, lanzóse contra éste y comenzó á roer de nuevo, hasta que se rompió otros dos dientes.

Alejóse entonces presurosa, se presentó al herrero, y le dijo:

—Si no me haces dos dientes de hierro te devoro.

El herrero dió á la bruja lo que pedía, y ella volvió á roer el árbol.

Zashko no sabía ya qué hacer, y, al dirigir su mirada al cielo, vió una bandada de cisnes y ánades que pasaban sobre su cabeza.

—Cisnes míos,—gritó con acento suplicante;—llevadme sobre vuestras alas hasta donde están mi padre y mi madre; á la choza, donde podré comer y beber y vivir feliz.

—Que te lleven los del centro,—contestaron las aves.

Zashko esperó, y, al ver que venía una segunda bandada, gritó otra vez con acento de súplica:

—Queridos cisnes y ánades: llevadme en vuestras alas á la choza donde están mi padre y mi madre, donde podré comer, beber y vivir feliz.

—Que te lleven los que vienen detrás,—contestaron las aves.

Zashko esperó de nuevo, y, al ver acercarse la tercera bandada, repitió como antes:

—Queridos cisnes y ánades: llevadme en vuestras alas á la choza donde habitan mis padres, donde podré comer y beber y vivir feliz.

Las aves cargaron con Zashko, y, volando vigorosamente, condujéronle hasta la choza y dejáronle en la habitación superior.

A la mañana siguiente la madre comenzó á hacer unas tortas, pensando en su hijo, y de vez en cuando murmuraba:

—¡Qué no daría yo por volver á verle, aunque sólo fuese en sueños!

Y el padre dijo:

—Yo he soñado anoche que unos cisnes y unos ánades traían á nuestro Zashko en sus alas.

Cuando hubo acabado de hacer las tortas, la anciana dijo á su marido:

—Esa para ti, esta para mí, esta otra para ti...

—¿Y para mí?—gritó Zashko.

—¿Quién habla?—dijo la mujer.—Mira tú quién anda por ahí, esposo mío.

El padre subió á la habitación y allí encontró á su hijo.

Los padres creían volverse locos de contento, y quisieron saber todo lo que le había pasado. Zashko satisfizo su curiosidad, y desde aquel día vivieron felices y contentos.

FIN

---

ADMINISTRACIÓN: Ramón Molinas, editor: plaza de Tetuán, 50. Barcelona.—Manuel Piz y Talor: Ancha de San Bernardo, 33. pral., Madrid

RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA. — NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

---

Establecimiento tipográfico de La Ilustración Ibérica: plaza de Tetuán, 50.—BARCELONA

Ayuntamiento de Madrid